

jaremos el sermón, y vendrán los del Colegio, y le haremos un solemne entierro, y le cantaremos una Misa de cuerpo presente.» Consolóse con esto, y dijo puestas las manos: «Dios se lo pague á vuestra reverencia que así quiere honrarme y ayudarme.» Así se hizo, no obstante que en el Colegio había de recitarse aquella tarde el initio que se celebra al principio de los estudios; con todo, acudió casi todo el Colegio, y como el Padre era tan querido y estimado de toda la ciudad, hubo tanto concurso de gente, que fué el entierro muy solemne.

Cuando le decían la recomendación del alma, llegando á aquellas palabras, *et sicut Beatissimam Teclam, etc.*, se puso con grande atención á oirlas; y acabadas, pidió se las volviesen á repetir, y después se advirtió la causa de este reparo del Padre, porque en su cartapacio se halló que el mes antes, que era de Septiembre, le había cabido en suerte esta Santa, y que la tenía muy en la memoria, como también á San Bruno, que era el del mes de Octubre, en que moría. Dióle á nuestro P. Bautista, estando cerca de morir, una tan grande sequía, que se abrasaba y pedía agua con grande instancia; no se la dieron por que el médico acababa de decir que le apagaría luego el calor y moriría, y desengañado que no se la habían de dar, con una ansia muy grande tomó un Cristo en la mano, y dijo: «Grande es, Señor, mi sed; pero ¿qué tiene que ver con la que Vos, Redentor mío, tuvisteis en esta Cruz, no sólo natural por la Sangre que derramásteis por mí, sino también de la salud de mi alma?» Y dicho esto no pidió más refrigerio, sino que le levantasen un poco, y casi sentado, inclinada la cabeza, y diciéndole la recomendación del alma con una candela en la mano y ayudándole los de casa, la dió en manos del Señor, que para tanta gloria suya la había criado, como lo confesaban los presentes, diciendo: que no podían hacerse más diligencias para salvarse un hombre, que las que parecía haber hecho el P. Juan Bautista Espinola al tiempo de morir, y habiendo servido á Dios Nuestro Señor en la Religión con tanta fidelidad y perseverancia por tiempo de cuarenta y seis años. Murió de un tabardillo, que lo acabó en cinco días, recibidos los Sacramentos, y de edad de 70 años y el de nuestra Redención de 1619; está enterrado en la Iglesia de nuestra Casa Profesa.

## CAPITULO XXI.

VIDA Y VIRTUDES MUY RELIGIOSAS Y EJEMPLARES

DEL P. JUAN SÁNCHEZ,

UNO DE LOS PRIMEROS SUJETOS DE LA COMPAÑÍA QUE VINIERON  
Á FUNDARLA EN LA NUEVA ESPAÑA.

Dichosa fortuna, y singular gracia y Providencia del Altísimo fué, que los primeros Religiosos que su divina Bondad escogió para que echasen los primeros fundamentos á una Provincia que tanto había de favorecer Su Majestad y tanto ella le había de servir, fuesen tan señalados en letras, religión y virtud, que con sus talentos la pudiesen honrar, edificar é ilustrar, como le ha sucedido á la nuestra de la

Nueva España. Escritas quedan atrás las vidas y dichosas muertes y esclarecidos ejemplos de virtud que nos dejaron los principales fundadores de esta grande Provincia, como fueron su primer Provincial P. Dr. Pedro Sánchez y su primer Rector de México P. Diego López, á quien se daba renombre de santo; el Padre Maestro Pedro Díaz, también amado y venerado por tal, con otros de los cuales se ha hecho honorífica mención en esta historia. Y ahora la haremos de otro sujeto de estos primitivos, que aunque cuando vino á la Nueva España no era de Orden Sacerdotal, sino Hermano estudiante teólogo; pero habiendo acabado sus estudios y ordenándose en las Indias, fué uno de los sujetos muy señalados que honraron esta Provincia. Este fué el P. Juan Sánchez, á quien Dios escogió con particular Providencia como á otro Matías al Apostolado, para que viniese en compañía de los varones apostólicos que habían de plantar la Religión de la Compañía de Jesús en la Nueva España, porque habiendo faltado uno de los trece compañeros que nuestro Padre San Francisco de Borja había señalado para que viniesen á ella en compañía del P. Pedro Sánchez, los Superiores escogieron en su lugar al Hermano Juan Sánchez, para que se cumpliese el número señalado. Había sido recibido en Alcalá de edad de 16 años, habiendo oido las Artes y graduándose en ellas, porque fué mozo de grande habilidad y agudo ingenio; tuvo su noviciado con grande aprovechamiento; estudió luego Retórica y Humanidad en el Seminario, y después dos años de Teología con tanta edificación y ventajas, que de todos era querido y amado; y así, el P. Pedro Sánchez, que era entonces Rector del Colegio de Alcalá, lo escogió en lugar del que había faltado, para traerlo en su compañía á esta Provincia.

Llegado á México el Hermano Juan Sánchez, y acabados sus cursos de Teología y ordenado de Sacerdote, comenzó á ejercitarse en los ministerios de la Compañía en aquellos principios, en los cuales era mucho lo que había que hacer en ayuda de los prójimos, porque atraída la gente con el buen ejemplo y caridad que hallaban en los nuevos obreros del Evangelio, era mucho el concurso de los que acudían á frecuentar Sacramentos, á oír la palabra divina, abrirse escuelas de estudios y fuera de México se pedían nuevas fundaciones de la Compañía; y en todas estas santas ocupaciones y trabajos, tenía muy buena parte el P. Juan Sánchez, ayudando con mucho fervor, cuidado y edificación á sus compañeros. Y él fué el que acabado de ordenar salió en compañía del insigne varón P. Hernando Suárez de la Concha, á las primeras misiones que hicieron los de la Compañía á las ciudades de Guadalajara y Zacatecas, dejando tan acreditada con sus ministerios nuestra Religión, que no los querían dejar salir de ella, y desde luego hicieron instancia para que en esas ciudades fundase la Compañía, como al fin después lo consiguieron; y así, en estas fundaciones tuvo mucha parte el P. Juan Sánchez.

Era grande la capacidad de este señalado varón, y juntándose á ella su continuo estudio y recogimiento, llegó á ser dotado de muchas artes y ciencias, hablando en cada una como si aquella sola hubiera estudiado. Porque dejando aparte la latinidad y letras humanas, que muchos años leyó á los de dentro y fuera de casa, y viniendo á ciencias mayores de Artes y Teología, fué varón muy aventajado en ellas. Leyó Moral algún tiempo en el Colegio de Oaxaca, y había sumado

dos veces el Derecho, y quien le oyese tratar de esta facultad de Jurisprudencia, dijera que en abogar podía ganar su vida. Y demás de eso, entraba y salía fácilmente en cosas de medicina; y aunque en estas ciencias fué tan aventajado, mucho más en las Matemáticas, adelantándose á otros muchos con extremo; y así, en obras públicas del Reino le llamaban y oían los Virreyes, y el parecer del P. Juan Sánchez fué muy estimado, como fué en la obra grandiosa del desagüe de la laguna de México, en que estuvo el remedio para que no padeciera ruina esta grande ciudad, y fué tan aventajado el Padre en la dicha facultad, que se trató de llevarlo á España para que leyese las Matemáticas. Y últimamente, en prueba de las muchas letras del P. Juan Sánchez, pondré aquí la señalada calificación de ellas, del insigne y universal Maestro en la Nueva España, P. Dr. Pedro de Ortigosa, que estando en una quiete de nuestra Comunidad, y hablando de lo que como tan grande Religioso observara qué era de lo que en cada uno de los Religiosos de casa le causaba más edificación (como lo hacía San Antonio el Magno), llegando el P. Ortigosa á hablar del P. Juan Sánchez, dijo: que lo que en él mucho le edificaba, era las buenas y muchas letras que en él había, y esas con su humildad tan disimuladas y encubiertas. Y púdolo decir con mucha razón, porque todas esas letras y ciencias las realizaba con las virtudes admirables de su humildad y obediencia, admitiendo los oficios más humildes en que le quisiesen ocupar, para ejecutarlos todos con toda exacción. Y así fué Procurador de Provincia y obrero del Colegio de México. Después fué dos veces Rector del Colegio de Oaxaca; siéndolo ambas veces nueve años, y habiéndolo adelantado así en lo temporal como en lo espiritual, habiendo sido antes Ministro en otras partes; su silencio era admirable; y si calificó por varón perfecto el Apóstol Santiago, al que no ofende con sus palabras, con razón podemos decir que el P. Juan Sánchez había adquirido esta perfección, pues supo también gobernar el uso de su lengua, de suerte que si algo se hablaba en su presencia que tuviese color de murmuración ó menos grave, callaba sin hablar palabra, y con este su silencio mostraba lo poco que de semejantes pláticas gustaba, y cuando él hablaba era con tanta madurez, que sus palabras eran doctas sentencias. A esto se juntaba su continuo recogimiento en el aposento, sin que se viese jamás fuera de él perdiendo tiempo. De aquí se seguía su frecuente trato con Dios en la oración, y por darse más á ella, año y medio antes de su muerte, para prevenirse al juicio de Dios, con licencia de los Superiores se retiró á una hacienda de campo del Colegio de Oaxaca, donde gastaba largos ratos en ejercicios de devoción, hablando muy á menudo de la muerte con que parece Dios le prevenía para ella; pero á ratos quiso Dios disponerle con agudos dolores, encogiéndosele todos los nervios del cuerpo, con una calenturilla que le iba consumiendo; y aunque eran tan grandes los dolores que no le dejaban sosegar, él los sufría con mucha paciencia, hablando con mucho agrado á los que le visitaban y trataban. Apretóle de suerte la enfermedad, que se hubo de venir de la estancia al Colegio, donde estuvo seis meses curándose, y aunque se le aplicaron todos los remedios posibles para aliviarle de los dolores y calentura que padecía, ella estaba tan arraigada y rebelde, que no se pudo atajar; y así, le acabó de consumir las fuerzas: los dolores que padecía estos seis meses eran gravísimos,

y de suerte, que no podía menear parte de su cuerpo sin ellos, en particular si se quería vestir ó desnudar, eran casi intolerables; pero no obstante, los días de fiesta se esforzaba á padecerlos por recibir el Santo Sacrificio de la Misa y recibir el Señor, siendo ese en este tiempo todo su alivio, devoción y consuelo. Ese le duró hasta pocos días antes que muriese, que, rendido de tan grande y larga enfermedad, conoció su cercano fin; y así, recibió por Viático el Santísimo Sacramento y después la Extremaunción, aunque con tan enteros sentidos, que cuando se le decía la recomendación del alma, él mismo ayudaba á ella con mucha paz; acabado esto, dijo á los nuestros que le asistían que les quería decir dos cosas, en que mostró muy bien su mucha humildad. La primera fué pedir perdón del trabajo que les había dado en su enfermedad, y de las impaciencias y faltas que en ella hubiese tenido, agradeciendo la caridad que se había usado con él, y que procuraría pagarla con sus oraciones, siendo Dios servido de llevarle al Cielo. La segunda, fué pedir á los Padres le ayudasen con algunas Misas más de las que ordinariamente por nuestros difuntos se suelen decir en nuestra Compañía; prometiéronselo los Padres, que amaban y estimaban á tan santo varón. Quedó con esto muy consolado, y la tarde siguiente entregó su alma en las manos de Dios, dejando grandes prendas de que iba á gozarlo. Murió el año de 1619 y de 72 de su edad, profeso de cuatro votos, habiendo vivido los 50 de ellos con el ejemplo que hemos dicho, en la Compañía. El Cabildo eclesiástico de la ciudad de Oaxaca, sin ser llamado, quiso honrar su entierro, llevando sus Prebendados el cuerpo hasta la sepultura.

## CAPITULO XXII.

VIDA DEL MUY RELIGIOSO  
Y DEVOTO P. HERNANDO SUÁREZ DE LA CONCHA,  
UNO DE LOS PRIMEROS  
FUNDADORES DE LA PROVINCIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS  
DE NUEVA ESPAÑA. AÑO 1607.

### § I.

*Llega á México, y ministerios en que se ocupó los primeros años.*

Esclarecidos y célebres fueron en la Nueva España, y en especial en la gran ciudad de México, los ejemplos de santidad que nos dejó el venerable, humilde, caritativo y penitente P. Hernando Suárez de la Concha, uno de los primeros Religiosos de la Compañía que vinieron á fundarla, y en quien resplandecieron todas esas virtudes, con raros ejemplos en todas ellas. Fué natural de Medina del Campo, y recibido en la Compañía en la Provincia de Castilla la Vieja, de donde ya ordenado de Sacerdote vino á México; y así, llegado á esta ciudad pudo comenzar á ejercitar los ministerios de predicar y confesar y todos los demás que con los prójimos usa la Compañía, con grande ejem-

plo de vida y aprovechamiento de las almas. Y como Ministro tan ejemplar y evangélico, fué de los primeros que la santa obediencia desde México envió en misión á varias y distintas Provincias de este Reino, adonde en aquel tiempo aún no había llegado la Compañía; principalmente fué muy señalada la que hizo á las ciudades de Guadalajara y Zacatecas, donde con su doctrina y ejemplo dejó tan acreditada la Compañía, que desde luego trataron de que en ellas se fundasen sus Colegios. Cuando iba caminando en compañía de otro Padre recién ordenado á la misión de Guadalajara, iba haciendo tales pláticas espirituales en las partes y estancias donde llegaba, ó por donde pasaba, que alguna gente, por no poder detenerse allí el Padre, se iba en su compañía, confesando por el camino, hasta llegar á algún pueblo donde pudiesen recibir el Santísimo Sacramento, siendo muchas de estas confesiones generales. Y así, ya cuando el P. Concha y su compañero llegaban á Guadalajara, era tal la aceptación y fama que de ellos corría, que salió á recibirles fuera de la ciudad el santo Obispo de ella, D. Francisco de Mendiola, y habiéndose ido los Padres á hospedar al hospital, el santo Prelado se iba á comer con ellos, con la moderación religiosa que ellos guardaban; y fué tal el fruto que aquí hizo en las almas el P. Hernando de la Concha, que hasta algunos Prebendados de la Catedral renovaron los ejercicios de oración de nuestro Padre San Ignacio, que cuando eran estudiantes en las Universidades de Alcalá y Salamanca habían ejercitado; y el señor Obispo, acabada la misión, no quisiera dejar salir á los Padres de su Obispado. Pero fué conveniente que pasaran á la ciudad de Zacatecas, donde no fué menor el fruto que hicieron, en particular el P. Concha, que fué tal el de su doctrina y sermones, que le daban el nombre de Apóstol de aquella tierra, adonde fué á predicar dos Cuaresmas, una después de otra, á instancia de su beneficiado, en tiempo que había pocos años que los españoles la habían poblado. Un caso singular le sucedió al apostólico varón, que es testimonio de la eficacia y espíritu con que predicaba: El caso fué, que en esta ciudad de Zacatecas, habiendo recibido una persona honrada y rica una afrenta grave, pública y atroz, había venido un Oidor de la Audiencia Real de Guadalajara á la averiguación del caso y castigo de los delinquentes, los cuales ya estaban presos y eran personas honradas y ricas. Predicando, pues, el P. Concha un Viernes Santo, de la Pasión de Cristo Nuestro Señor (materia de que hablaba tiernísima y afectuosamente), causó tal emoción en el que había padecido la injusticia, que públicamente se levantó al medio del sermón, y delante de todo el auditorio, en pública forma, perdonó al que le había injuriado con no menos contento que edificación de los presentes, con que un pleito y causa tan grave como ésta, quedó compuesta con grande gusto y edificación de la ciudad.

Volviendo á México de estas sus primeras misiones, prosiguió el santo varón algunos años con el mismo fervor y celo del bien de las almas. Hallóse un Jueves Santo en el pueblo de Tepotzotlán, cercano á México, y estando toda la noche la Iglesia llena de indios é indias, que con sus velas encendidas asistían al Santísimo Sacramento, la gastó él toda en oración, pero interrumpiéndola de cuando en cuando con tomar un libro en lengua mexicana, en el cual les iba leyendo, y era tal la devoción y lágrimas con que esto hacía, que los indios no po-

dían reprimirlas; y estaban tan atentos con lo que el Padre toscamente (por no saber la lengua) les leía, como si oyeran algún famoso predicador en ella, supliendo Nuestro Señor de este modo la falta de lengua de aquel su siervo, que con tal afecto deseaba ayudar á aquella pobre gente. Predicó siempre á los españoles con grande llaneza, piedad y verdad; y en enseñar la doctrina á ignorantes era tan frecuente, que parecía ser sólo éste su oficio, no sólo en casa pero muy ordinario en calles, castillos y plazas, no perdiendo ocasión que para esto se le ofreciese. El fué el primero que en esta tierra ejerció este ministerio, como uno de los primeros que vinieron á ella de nuestra Compañía, y perseveró en él toda su vida. Para esto, entre semana se iba á las escuelas de los niños y los domingos y fiestas se ponía á la entrada de nuestra Iglesia, antes del sermón ó plática, y los juntaba, enseñaba y daba sus premios; y con esta ocasión, al rededor de los niños se hacía una gran rueda de hombres, con quienes también repartía parte de este ejercicio, con no pequeña apacibilidad y gusto de unos y de otros; y finalmente, cuál fuese el empleo, ocupación y norma de vida de este gran siervo de Dios, él se lo tenía á sí mismo puesto delante en un papel, en que tenía escrito aquel consejo que dió el Apóstol á su discípulo Timoteo, diciéndole: *Attende tibi, et doctrina*. Porque toda su vida, que fué larga, se empleó en predicar con ejemplos y palabras la doctrina de Cristo, y procurar su propia perfección y bien de las almas. Parecióle pequeño el Mundo para su fervoroso celo, volvió de las Indias, habiendo estado algunos años en ellas, á España é Italia, donde ejercitó los mismos fervores. Estuvo en Roma, en la Penitenciaría del Papa algún tiempo, después volvió á México, á su antiguo y santo ejercicio, donde fué grandemente amado y respetado y llamado comunmente santo Concha.

## § II.

*Excelentes virtudes del P. Hernando de la Concha.*

Viniendo á tratar en particular de las grandes virtudes de este venerable varón, daremos principio por el ejercicio de su oración, que en él fué muy continua y fervorosa, porque fuera de la que por regla en la Compañía se tiene, á la tarde, luego que sus santos ejercicios con los prójimos le daban lugar, se retiraba á tenerla hasta buena parte de la noche, y siempre, á media noche, después de tomada su disciplina, con notable espíritu y fervor rezaba los Maitines y tenía oración mental, con tantos sollozos y gemidos, que no podía excusar que lo advirtiesen los que junto á su aposento moraban, y con ser de tanta edad siempre oraba de rodillas en medio del coro ó de su aposento. Una vez le vieron que prorrumplía en copiosas lágrimas y frecuentes suspiros, como si el corazón le reventara; no pudiendo ya con la abundancia de espíritu que Nuestro Señor le comunicaba, daba voces y repetía muy á menudo: «Basta ya, Señor, basta ya.» Pero acabada la oración, advirtiendo que uno de casa lo había oído, con grande humildad y encarecimiento se llegó á él, y le pidió no refiriese á nadie lo que había oído; y desde entonces andaba con más cuidado de retirarse á su oración, donde no pudiese ser notado. Viniendo una vez de fuera al Co-

legio, donde entonces posaba, bien fatigado y cansado del camino y trabajo que había tenido en esa ocasión, por inadvertencia estaba impedido y ocupado el aposento que se le dió donde se recogiese, y el humilde Padre, sin hablar palabra, se recogió á un aposentillo humilde, donde la mayor comodidad que había era un poyo de piedra, donde pasó la noche en oración; y los sollozos y suspiros que en ella dió, fueron ocasión que á la mañana advirtiesen los de casa la falta que se le había hecho, sin hablar de ella el muy devoto Padre. En su oración se acomodaba al Oficio de la Iglesia; en tiempo de Pasión, le veían triste y encogido, con singular silencio; de esto trataba, y estas eran sus pláticas y entretenimientos. Tuvo singular dón en mover los ánimos de todos á compasión y devoción. En las procesiones de sangre que el Jueves y Viernes Santos se suelen hacer, sus coloquios eran de rara devoción á los pasos de la Pasión que se llevaban, con exhortaciones muy eficaces y provechosas al pueblo, y vez hubo que con la fuerza de espíritu, no pudiéndose reprimir, tomó una corona de espinas que halló á mano, y asentándosela en la cabeza comenzó á razonar con tanta fuerza, que en todo el auditorio causó un pavor singular, resuelto en devoción y lágrimas; por esto procuraba irse á la mano y no hallarse en semejantes procesiones, aunque las Cofradías y Religiones de otras Ordenes, instaban á los Superiores no les faltase á sus procesiones el P. Concha, porque donde él iba, allí iba el mayor concurso y frecuencia de la gente. Por otra parte, las Pascuas era tal su júbilo y alegría, que parecía otro hombre. Una vez, entre otras, la Pascua de Resurrección por la mañana, saliendo una procesión en que llevaban el Santísimo Sacramento, tomó un incensario y sobrepelliz y á veces iba incensando, á veces exhortando á gozo y placer al pueblo, con que causaba y lo movía á un singular afecto de devoción y lágrimas. Era continuo el ejercicio de su trato con Dios y el grave silencio que en casa guardaba, donde eran muy raras las veces que le oían hablar, y estas, de cosas necesarias, y si no eran los ratos que gastaba en ministerios con los prójimos, confesando ó exhortando, jamás le hallaron en otro ejercicio, sino en leer, rezar, orar, y de aquí nacía que en los días de recreación sacaba con admirable destreza, de los mismos Evangelios y Oficio que aquel día ocurría, unas palabras ó género de enigmas ó cosas semejantes, con que por una parte se echaba de ver en qué traía ocupado el pensamiento, y por otra, daba ocasión de una honesta y entretenida recreación con gusto de los presentes. A la oración, hermanó con la penitencia y mortificación interior y exterior desde que entró en la Compañía, hasta que murió, con un mismo tesón y fervor hasta la edad decrépita, porque murió de 80 años, lo cual se echaba de ver en la amarillez de su rostro, que siempre traía quebrantado y descolorido; en ayunar era muy frecuente, no sólo Cuaresmas y Advientos enteros, sino todos los viernes y sábados del año. Tenía tres ó cuatro disciplinas, que remudaba, azotándose con tanta fuerza, como si fuera un poste; era muy devoto de la Cruz de Nuestro Señor, y cada noche, después de disciplinarse, cargaba una de madera muy pesada que tenía en su aposento, de donde iba, llevándola en sus hombros, á visitar el Santísimo Sacramento. En oyendo por las mañanas la campanilla á despertar, no parece sino que el primer golpe se le daba en las espaldas con la disciplina hasta que el despertador entraba. Luego, á la entrada en la oración, tomaba otra más de propósito; hacía

por su devoción públicamente en el refectorio muy á menudo, con otras penitencias, como si fuera un novicio; ceñía su cuerpo los más de los días con una sogá muy áspera, y un rallo por cilicio; su cama era una tabla dura y un madero por almohada, aunque últimamente los Superiores le iban á la mano por su mucha vejez. Muchos años trajo la camisa de mantas ásperas, que los más pobres indios hacen de magney para llevar cargas, y poco antes que muriese andaba buscando nuevas penitencias para adelantarse en ellas. En los inviernos andaba sin ropa, en los veranos muy arropado, y con ser tan viejo y achacoso, raras veces bebía vino, y esas, obligándole á ello el Superior, y muy aguado. En humildad y paciencia, que siempre mostró en su trato y conversación, fué excelente; si en alguna palabra le parecía que había desabrido á alguno, luego se compungía y le pedía perdón; sufría sus achaques sin que otros los entendiesen; nunca significó que le faltase alguna cosa, ni muestras de lo que trabajaba; aun estando enfermo, no permitía que nadie le barriese el aposento ó le hiciese la cama, y esto guardó aun en su última enfermedad, con harta edificación y confusión de todos; leía y servía en el refectorio; tenía las llaves de la portería, como si fuera un novicio; con los niños se hacía niño, con los rudos se hacía uno de ellos por tener entrada á enseñarlos; si veía entrar algún niño ó negro, lo primero que hacía era, habiéndole enseñado algo de la Doctrina, darle algún premio conforme á su capacidad; si pidiendo licencia se la negaban, quitando el bonete se salía sin hablar palabra alguna con grande humildad; si alguno le contradecía, la respuesta era un profundo silencio con que le vencía. En la última enfermedad, hasta que murió, padeció intensos dolores que le forzaban á dar algunos clamores, y á ratos, con humildad, volvía diciendo al enfermero: «Perdóneme, Hermano mío, que no puedo más.» No fué pequeña muestra de su humildad, que admitiéndole la obediencia treinta años antes al grado de Coadjutor espiritual, recibió este grado con grande humildad y reverencia, siendo en ese tiempo el ordinario predicador de casa; y vivió en ese grado con tanto consuelo, que viendo los Superiores su rara virtud, al cabo de veinte años N. P. General le envió la profesión de cuatro votos; la pobreza no sólo resplandecía en el pobre ajuar de su aposento, pobre cama, pobre mesa y pobres lebrillos, sino también en el vestido pobre, llevando agriamente se le diese cosa nueva, y no recibíendola, sino cuando el Superior le obligaba á ello. Estando en el Colegio de Tepotzotlán á sus principios, ni tenía en su aposento asiento, ni mesa, ni candelero, sólo tuvo por mucho tiempo media estera en que se sentaba, y sus lebrillos en una alacénilla, y finalmente, su trato era con la gente más pobre y abatida, y se le iba el corazón tras ella; y todo nacía del ferviente amor á la doctrina de Nuestro Divino Redentor Jesucristo.

### § III.

*De la singular caridad que ejerció con los prójimos, en especial con los encarcelados, y dichosa muerte de este santo varón.*

Visitaba de ordinario las cárceles y hacía memoriales en favor y defensa de los desamparados; á los que debían, componía con sus acree-

dores; si la deuda era pequeña, pedía limosna y satisfacía por ella; las vísperas de Pascua, en compañía de alguna persona grave, salía á pedir limosna para los pobres de la cárcel, y en las visitas generales que estos días hacen los Virreyes, se hallaba el venerable Padre presente, apadrinando á los que salían á audiencia, de que gustaban los señores Virreyes; y en esta ocasión le sucedió un caso en que mostró su grande caridad, y como tal, fué muy celebrado. Salió á la audiencia de cárcel un delincuente que estaba sentenciado á cien azotes, parecióle al muy piadoso Padre que aquel hombre era ya de edad para llevar aquel castigo; intercedió por él con tanta caridad, que él mismo se obligaba á darse aquel número de azotes y que aquel pobre saliese libre. El Virrey, que veneraba la santidad del P. Concha, mandó soltar al delincuente, quedándose todos edificadas y alegres de lo que había valido la intercesión del P. Concha. A los que no podía librar de la cárcel los consolaba, á otros vestía con ropa que recogía de limosna; lo mismo hacía al tiempo que salían los carros de los galeotes, sentenciados por delitos, visitándolos y socorriéndolos lo mejor que podía con comida y dinero, y abrazándolos, se despedía de ellos como si fueran sus hijos, rogando á cuyo cargo iban se compadeciese de ellos, haciéndoles buen tratamiento; y lo mismo hacía con los pobres que venían en las flotas, y con este intento algunas veces, desde México, fué al Puerto de la Veracruz, ochenta leguas de camino, para traerlos con cabalgaduras y regalos, que para esto llevaba de limosna, y en este ejercicio le sucedió otro caso digno de memoria. Llegó un año en la flota el Virrey, que venía para esta Nueva España, y mandó que todas estas cabalgaduras se le quitasen al P. Concha para que sus criados pudiesen subir á México; dióseles á entender á estos la mucha necesidad que los pobres tenían de ellas y la falta que les hacían si se las quitasen; aquí los criados, indignados con esta proposición, irritaron á su señor, de suerte que el Virrey, con gran cólera y enojo, mandó llamar al Padre, el cual, cuando llegó á su presencia le supo dar tales razones, y con tanta humildad y modestia, que se aplacó y luego mandó que no se llegase á cosa que el P. Concha para los pobres tuviese prevenida, con que el Padre quedó consolado y los pobres remediados; fuera de esto, de secreto remediaba otros muchos necesitados de hombres y mujeres vergonzantes, reparando el peligro en que su honestidad se hallaba; y así, después que Dios Nuestro Señor se llevó á este su siervo, fué grande el sentimiento que hicieron sus pobres. Quien tal cuidado y caridad tenía con los extraños, bien se ve qué haría con los de casa: si estaban enfermos, los visitaba á menudo y con gran cariño les preguntaba qué habían menester ó qué se les antojaba. Si la enfermedad era grave, las visitas eran más frecuentes y algunas veces á media noche, haciendo todo esto como de su fuente, del amor y caridad que con Dios tenía; de ella también nacía el celo de la salvación de las almas, no perdonando á trabajo que á esto se ordenase, y siendo continuo en ayudar á morir á los justiciados. Ferviente fué también su celo en desterrar de la república pecados públicos, ya con exhortaciones domésticas, entrándose por las puertas, ya por medio de los Virreyes y justicias, ya socorriendo sus necesidades, que los ponían á riesgo de sus pecados, no perdonando el trabajo ó industria que pudiese ayudar á este intento. El asistir al confesorario era perpetuo, y de suerte, que en este particular se podía decir

del P. Concha que parecía no tener otra ocupación que la del confesorario, porque como nunca perdía tiempo, para todo lo tenía bastante. Nunca dejó de confesar con igual semblante á hombre y mujer, niño ó viejo, blanco ó negro que á él llegase: á todos acudía por no faltar á esta obra de caridad, dejando cualquier cosa que entre manos tuviese. Viéndole tan fatigado, algunas veces el portero le rogaba que se fuese á descansar á su aposento, y que si hubiese gente que confesar le avisaría; respondióle el Padre que el buen mercader nunca había de faltar de su tienda, si quería que su caudal se aumentase. Jamás estuvo ocioso ni le faltó en qué trabajar en provecho de los prójimos ó en su oración; y así, fué amado y querido de todos y toda su vida se tuvo opinión de su gran santidad, llamándole siempre el bendito ó santo Concha. Llegóse al fin en que quiso Nuestro Señor premiar vida tan santa, prolongada y ejemplar, y llevólo para sí de un gravísimo mal de orina que lo acabó en ocho días, siendo de edad de 80 años, y casi los 50 de Compañía. Murió á 1<sup>o</sup> de Octubre de 1607, en la Casa Profesa, donde tanto en ayuda de las almas había trabajado. Con su muerte, los ciudadanos nobles y plebeyos quedaron como huérfanos, y los nuestros lastimados de haber perdido la Compañía un varón tan apacible y que les era ejemplo de santidad; concurrió mucha gente al entierro, que llegando á la sala donde tenían su cuerpo, le besaban manos y pies con extraordinario afecto y reverencia; al tiempo de ponerlo en la sepultura, tocaban todos sus rosarios á las manos y vestidos del difunto, otros le tocaban la ropa, y persona hubo que le quitó los zapatos con la disimulación que pudo, diciendo después y publicando que estaba más rico con ellos que si fueran de oro. Y después que lo enterraron, había tanta demanda en la portería de las cosillas que usaba en su aposento, de disciplinas, cilicios, estampas y otras cosas, que todo mostraba la grande opinión que de su santidad todos tenían. Hace memoria de este insigne varón, aunque de paso, el P. Eusebio en el cuarto tomo de sus varones claros.

## CAPITULO XXIII.

DE LA MUY RELIGIOSA

VIDA Y MUERTE DEL VENERABLE P. GASPAR DE CARVAJAL.

AÑO 1647.

§ I.

*Estudios de su juventud y su vocación milagrosa á la Compañía.*

Nació el P. Gaspar de Carvajal en la ciudad de los Angeles de la Nueva España, y fué hijo de uno de los principales capitanes de la Conquista y de las personas más bien emparentadas con lo noble de esta ciudad y Reino, y lo que más importa, personas de mucha cristiandad y ejemplar virtud, y con ella también lo criaron los años de su juventud, los